

EL MISTERIO DE LOS NÚMEROS

Lia Sunlight



Capítulo 1

Recuerdo esos números como si fuera hoy, 41.3208895 2.0962458. Todo pasó durante mi último año de Logopedia. Estaba emocionada por acabar la carrera y poder incorporarme a la vida laboral, pero no me imaginaba lo que me ocurriría ese año. Mi padre, me había conseguido un trabajo dando clases de logopedia a Gonzalo, un chico con autismo de veinticinco años, hijo de su mejor amigo.

Así que allí estaba yo, de camino a la casa de Gonzalo, llegando tarde, como siempre. A mis días, por aquel entonces, le faltaban horas. Iba de la universidad a las prácticas, de las prácticas al entrenamiento de baloncesto, y, de baloncesto hacia la casa de Gonzalo, a casa a estudiar y otro día más.

Recuerdo perfectamente aquel momento. Me quedé durante unos minutos, delante del cartel de la urbanización, sorprendida ante tan buena combinación de colores de pequeñas casas unifamiliares, un césped muy bien cuidado, y una zona llena de flores como decoración. Cualquiera querría vivir allí.

Pico a la puerta, nerviosa, y oigo al instante unos gritos agudos indescifrables. Enseguida, me abren los padres de Gonzalo.

- ¡¡Bienvenida!! Es un placer tenerte aquí. Yo soy Linda y éste es mi marido, Gerardo. El de los gritos es Gonzalo, que se pone muy nervioso con las nuevas visitas. Le hemos estado hablando de ti, durante una semana. Espero que no se te haga muy duro y te ganes su confianza rápido -. Dijo ella con una sonrisa infinita.

Los padres de Gonzalo eran una pareja de unos cuarenta años, muy amables y acogedores. Antes de dar la clase con Gonzalo, hablo con ellos, para hacer un pequeño historial y es ahí donde descubro que hasta los diez años Gonzalo se comunicaba con pequeñas frases, pero desde entonces ya solo emitía esos sonidos tan desagradables.

Ese día comienzo los ejercicios con él, mientras Gonzalo escribe, una y otra vez, la misma secuencia de números: 41.3208895 2.0962458.

- Venga Gonzalo, céntrate, es por tu bien -. Le dije con todo recto, casi perdiendo la paciencia. Él vuelve a escribir los mismos números en otro papel.

Voy visitando a Gonzalo una vez por semana, no es mucho, pero debería ser suficiente para ir viendo algún progreso a lo largo de los meses. Sin embargo, no consigo llamar su atención. En su cabeza hay un mundo mucho más interesante con esa serie de números que no para de escribir

sin cesar. Sus padres me insisten una y otra vez que esos números no tiene relación con nada, que es un juego que me intenta hacer Gonzalo para no trabajar. Sin embargo, yo, no me lo acabo de creer.

Cuando llevo ya tres meses con Gonzalo, se me encendió la bombilla, en una clase de psicología. Allí, la profesora hablaba de la relación de bloqueos de comunicación con diferentes problemas personales, como si de un shock se tratara.

Esa tarde indagué mucho sobre el tema y la relación con las personas autistas, para que Linda y Gerardo me escucharan de una vez. Una vez en su casa su madre, con un gesto recio, nunca antes visto en ella, me dice:

- ¿Te tengo que volver a decir que no? ¿Qué es lo que no entiendes? Son juegos absurdos de Gonzalo, no tiene ningún significado. Y céntrate en mejorar su comunicación, que para eso te pagamos... -. Dijo ella intentando parar mi inquietud de sopetón.

Me quedé paralizada, sin saber cómo reaccionar. Es entonces, cuando al segundo, como si no hubiera pasado nada, cambió su gesto por el de la madre amable y acogedora que conocía, para ofrecerme unas galletas recién hechas.

- No, gracias, tengo que irme a casa ya, que tengo un examen mañana, lo siento -. Le contesté, algo tímida y cortada.

Esa noche me puse a buscar sin cesar qué podían significar esos números: teléfonos, identificación, combinaciones lógicas... Pero no encontraba nada que le diera sentido. De repente sonó el despertador, me había quedado dormida encima del escritorio. Había estado toda la noche mirando coincidencias en internet, sin éxito.

La siguiente vez que vi a Gonzalo, cambié mi táctica, he intenté sonsacarle información directamente a Gonzalo. Con preguntas cerradas para que pudiese asentir o no con la cabeza. Con ello, consigo descubrir que esos números tienen que ver con él y con sus padres, que son algo importante y que sus padres quieren ocultarlos. Pero ya no se si eso era verdad, o Gonzalo estaba jugando conmigo. Me iba a volver loca. En ese momento veo correr hacia mí a su madre:

- Cariño, es muy tarde, son las nueve ya. ¿Quieres cenar aquí, o le digo a Gerardo que te acerque en coche a casa en un momento? -. Me dijo, con tono dulce, mientras me daba cuenta que llevaba media hora más con Gonzalo.

- Perdona, se me ha ido la hora. Sí no es molestia acercarme, os lo agradezco muchísimo. Llevo una semana entre exámenes y baloncesto... -

. Dije con tono cansado mientras la madre asentía con la cabeza.

Es justo entonces, cuando me doy cuenta. Ya sentada en el coche del padre de Gonzalo, rumbo a mi casa. ¡Son coordenadas! El padre de Gonzalo tenía una especie de GPS en el que aparecían los números de las coordenadas en grande, Gonzalo siempre se sentaba en el sitio de en medio de los asientos de atrás, y desde ahí veía perfectamente los números.

Una vez llego a casa, enciendo el ordenador, abro el navegador y busco las coordenadas. Y zás!!! Efectivamente era una ubicación. Era un lugar que estaba a quince kilómetros de la ciudad, al lado del lago. Intento buscar algún significado sobre la ubicación, pero no encuentro nada.

Al día siguiente, con el coche de mi padre cogido prestado, me acerco a ese misterioso lugar. Según voy acercándome al destino, las carreteras son cada vez más oscuras y solitarias.

- *Ha llegado a su destino* -. Dijo la voz del gps, mientras veo una pequeña cabaña solitaria frente al lago.

Una vez llego allí, me quedo observando esa pequeña cabaña. Se veían las luces encendidas, pero nada más. La noche estaba demasiado oscura, y esa zona estaba deshabilitada, por lo que no me atrevo a picar a esa puerta.

Esa semana vuelvo a ver a Gonzalo, y me centro mediante preguntas de sí o no, sonsacar quién vive allí. Y es cuando ocurre algo inesperado, su primera palabra en toda la terapia "hermano". Me quedé paralizada y ahora lo entendía todo a la vez.

Así, a la semana siguiente, pienso mil maneras de poder sacar a Gonzalo de su casa para acercarme con él, hasta esa cabaña. Entonces se me ocurre decirle a los padres, que le acercaré a la sala de logopedia de la universidad para utilizar las máquinas de allí. Su madre, me mira desconfiada e insiste en acompañarme. Pero le explico la importancia de la no sobreprotección en chicos como Gonzalo, y accede.

Esa misma tarde, cojo el coche, ayudo a sentar a Gonzalo en medio de los tres asientos de atrás, su asiento preferido. Mientras busco por el gps el camino más corto desde su casa hacia la cabaña. Según avanzamos Gonzalo avanza sus siguientes palabras "derecha" "izquierda", cantando las desviaciones antes de que el gps lo chive. Se sabe aún el camino de memoria. No me lo podía creer.

Y llegamos. Miro a Gonzalo y se queda con la mirada fija hacia la cabaña, pero sin decir nada, casi como si estuviese hipnotizado. Es entonces

cuando me armo de valor, dejo a Gonzalo encerrado en el coche y me acerco a la cabaña a hablar con su hermano. Sabía que, pasara lo que haya pasado, si algo le importaba su familia, no me haría daño.

Pico a la puerta, oigo ruido en su interior, pero no me contesta nadie. Insisto en picar, y le digo que vengo a hablar de Gonzalo, su hermano. De repente la puerta se entreabre, dejando solo cinco centímetros de puerta abierta, por donde lo único que podía entrar era el sonido.

- *No sé quién eres, pero lo siento, no puedes entrar. Yo ya no pertenezco a esa familia* -. Me dijo con la voz entrecortada.

- *Por favor, déjame entrar. Soy la terapeuta de Gonzalo. Desde que he descubierto este lugar, Gonzalo está haciendo muchos avances. ¿Sabías que no habla desde los diez años y su primera palabra ha sido hermano?* - . Le dije con voz amigable.

La puerta se abre por completo y veo a una especie de ser, mitad humano, mitad animal. Lleno de pelo, con la boca muy prominente, y como una especie de garras por uñas. Lloro sin cesar, y no para de decir "soy un monstruo".

Me quedo mirándole fijamente, pero no daba tanto miedo en realidad. Su cabaña por dentro era espectacular, pequeña pero llena de vida, transmitía muy buena energía. Es entonces, cuando le intento calmar y le explico que estoy ahí para ayudarles a los dos.

Él, entonces me cuenta toda su historia. Sus padres, le tenían oculto aquí, casi toda la vida y para los ojos de la gente, aquel bebé había muerto en el parto. Convivió escondido en casa de sus padres hasta los siete años, justo cuando Gonzalo tenía diez. Una vez que cumplió los siete años, le construyeron esta cabaña, le enseñaron a cazar, y aprovechar su instinto animal, para valerse por sí mismo. Y desde entonces, está oculto, sin relacionarse nunca más con nadie.

Tras la dura historia, le doy un abrazo mientras una lágrima cae por mi mejilla. Aquel hombre, no daba miedo, parecía muy sensible y educado. Es entonces, cuando le cojo del brazo y le llevo hasta el coche. Allí, Gonzalo y él se funden en un abrazo.

Cada semana, voy llevando a Gonzalo a la cabaña y con la ayuda de él, intentamos que Gonzalo vaya construyendo más frases. Su comunicación va avanzando a pasos agigantados. Nos reímos, pasamos buenos ratos y poco a poco siento, que tengo que hacer algo por él, que no puedo seguir así. Igual que yo había visto todo lo bello que era aquella bestia, el resto de mundo podía verlo también y deseaba con todas mis fuerzas que

podiese tener una vida normal con su familia.

Después de cosa de un mes, voy con una maquinilla, estaba segura que si le afeitaba un poco, no sería tan monstruoso, quería comprobarlo y llevarlo a su casa donde nunca tenían que haberle echado, la casa de su padres.

No se le ve tan mal, debajo de todo ese pelo y una nariz y boca algo animalescas, había mejorado con el corte de pelo. Decido cogerle del brazo, casi a la fuerza y montarle en el coche. Voy nerviosa sin saber bien que puedo encontrarme, pero solo pienso, por favor que no le hagan daño. No creo que pueda aguantar otro rechazo de sus padres.

Pico a la puerta, con Gonzalo a mi derecha y él a la izquierda. Justo en ese momento, su madre abre la puerta y la cuenca de sus ojos se va abriendo más y más con una cara entre rechazo, sorpresa y desentendimiento.

Sin que su madre reaccione aún, me lanzo a hablar y le digo la importancia de aceptarle también como hijo porque gracias a él, Gonzalo está más feliz, comunica mejor, y ya no da esos gritos sin sentido a todas horas. Además, insisto en que le he conocido y que no es ningún monstruo, que es una bellísima persona, del que puede sentirse orgullosa.

El hermano de Gonzalo me acaricia el brazo como diciendo "gracias por todo". Es entonces cuando la madre abre la puerta del todo. Nos invita a entrar a los tres, mientras no puede evitar que se le caigan las lágrimas. Ella me dice entre sollozos, que le quiere, es su hijo, pero que cuando nació y empezó a crecer y convertirse en eso, temía que pudiera hacerles daño a ellos o a Gonzalo y decidieron llevarle a esa cabaña.

Pasaron los días y los padres de Gonzalo, le llevaron a hacer pruebas médicas. Les daba mucha vergüenza, pero la medicina había avanzado mucho y quizás hubiera alguna solución. Y así fue, el hermano de Gonzalo tenía una enfermedad llamada Miastinia. Dicha enfermedad se manifestaba con rasgos animalescos, como crecimiento de mucho pelo, instinto animal y rasgos duros. Pero tenía tratamiento, y con cirugía estética había casos exitosos. Así que ellos, no dudaron.

Después de las operaciones, me acerqué a su casa, les tenía cariño, eran mi segunda familia. Cual es mi sorpresa cuando me abre un chico como de mi edad, con el pelo corto moreno y unos ojos azules que apenas había visto entre tanto pelo, anteriormente. No se le veía pelo en la cara ni las manos, y de hecho se había convertido en un chico que cualquiera podría calificar de guapo.

- *Ahora sí, me llamo Fabio* -. Me dice con una media sonrisa, que me contagia enseguida y le abrazo con mucha fuerza, sin querer soltarlo. Ahora sí que me siento bien de verdad. Gonzalo aparece a lo lejos y me dice "hola" y de repente aparece su madre por detrás sonriendo como nunca y me dice.

- *¿Has visto mi hijo Fabio? ¿Qué guapo es, verdad?* -.

FIN